

## AMÉRICA LATINA: EMPLEO Y POBREZA

*Patricia Olave*



*La autora impugna la tesis de que el crecimiento económico por sí mismo equivale a desarrollo y bienestar, y afirma que las políticas económicas neoliberales reproducen el círculo vicioso de la pobreza, para lo cual aporta datos sobre su impacto en el mercado de trabajo, y en el crecimiento de la marginalización laboral y la desigualdad, sobre todo en contextos urbanos, en América Latina, a la vez que apunta la necesidad de un nuevo regreso del Estado y la regula-*

*ción, que ya reconocen las instituciones multilaterales internacionales, bajo premisas diferentes a las del pasado.*

### UNA VISIÓN DE CONJUNTO

Desde la década de los ochenta, la región latinoamericana ha entrado en un importante proceso de transformaciones estructurales que se relacionan de manera estrecha con la propuesta de ajuste neoliberal, y que en ciertos círculos académicos se ha dado en llamar “la transformación del estilo de desarrollo latinoamericano” (Altimir;2000,181).

El agotado modelo de sustitución de importaciones, vigente desde los años cuarenta, ha sido paulatinamente reemplazado por el llamado patrón de especialización exportadora, sustentado básicamente en ventajas comparativas, el cual ha modificado no sólo las bases productivas internas sino también ha redefinido la forma de inserción de las economías latinoamericanas al mercado mundial.

El tránsito al nuevo modelo se ha dado, a partir de la crisis de la deuda de 1982, en condiciones bastante poco favorables. Los resulta-

dos de los ochenta, que se resumen en la llamada “década perdida”, muestran una disminución considerable del crecimiento y un elevado costo social en la mayoría de las economías de la región, expresado éste último en un crecimiento importante de la pobreza. La tasa promedio de pobres en América Latina pasó de 35% en 1980 a 41% en 1990 (CEPAL;1991), porcentaje que se ensancha aún más si se considera que, ha principios de 1970, fue de 29%.

Según la propuesta neoliberal, el crecimiento económico, en el marco del libre accionar del mercado, permitiría una mejor distribución del ingreso y, por tanto, disminuir la pobreza.

En los noventa, la región muestra una mejoría en el crecimiento. Al finalizar esta década, la mayoría de las economías latinoamericanas parecieran haber sentado las bases del nuevo patrón exportador y se encuentran realizando importantes avances en la llamada Reforma del Estado. Sin embargo, y a pesar de ello, persisten una serie de debilidades, por ejemplo:

- El hecho de que la estabilidad macroeconómica sigue descansando básicamente en elevados déficit en cuenta corriente, financiados con capitales volátiles, cuya permanencia o salida afectan de manera directa los ciclos de expansión y ajuste económico interno.
- La brusca caída de los niveles de inversión registrados en la década de los ochenta se recupera con lentitud y, en la mayoría de los casos, no alcanza los niveles previos a dicha crisis.
- La intensidad de los procesos de transformación productiva ha marcado nuevos ganadores y perdedores. Estas transformaciones han acentuado las diferencias de productividad entre las grandes empresas exportadoras, líderes en los procesos de modernización, y las pequeñas y medianas empresas que concentran el grueso del empleo que se ha generado (Klein y Tokman;2000,17).
- Esta diferenciación explica, en parte importante, la mayor desigualdad social y del cambio del perfil que observa la pobreza en la región. Ya no se trata sólo de pobres marginales (en el concepto tradicional) y desocupados, sino de un importante segmento de la población que accede a empleos cada vez más precarios y casi sin protección social.

La CEPAL ha estimado que, para lograr avances simultáneos y perdurables en materia de transformación productiva con mayor equi-

dad, es preciso alcanzar tasas sostenidas de crecimiento del orden del 6% anual (CEPAL;1997a,55), cuestión que la fecha no se ha verificado.

En la mayoría de las economías de la región, el crecimiento observado hasta el 2000 ha sido lento e intermitente. Sin embargo, ello no justifica el escaso avance que se registra en términos de equidad y persistencia de la pobreza.

En los noventa, las economías latinoamericanas registraron un crecimiento promedio de 3.3%. Este desempeño, sobre todo en la primera mitad de la década, permitió bajar la tasa de pobreza de más de 40%, en 1990, a un 35% en el 2000. Sin embargo, es importante señalar que recién se estaría recuperando el nivel de principios de los ochenta.

Hacia finales de los años noventa la crisis asiática provocó, de nueva cuenta, una desaceleración en los ritmos de crecimiento, sobre todo en las economías sudamericanas, las cuales registraron un aumento del desempleo abierto y una disminución en las remuneraciones reales que hace suponer un repunte en el crecimiento de la pobreza.

Si bien, en términos porcentuales, hacia finales de los noventa se recuperó el nivel que había alcanzado la pobreza en 1980, en términos absolutos la cifra de pobres se incrementó en 68 millones de personas (Medina;2001,890). A finales del 2000, América Latina tenía aproximadamente 500 millones de habitantes, de los cuales cerca de 220 millones son pobres (CEPAL;2000,15)

Encuestas de opinión muestran que un porcentaje elevado de hogares declaran sentirse con mayor inseguridad e inestabilidad, cuestión que se liga a la dinámica que ha venido siguiendo el mercado de trabajo, caracterizado por una mayor precariedad del empleo, generación de empleos no permanentes, sin contratos de trabajo y sin seguridad social.

La elevada rotación en el empleo, que afecta sobre todo a los hogares pobres, no permite tener ingresos para solventar sus necesidades básicas de manera sostenida provocando que muchas veces tengan que vender parte de sus activos o recurrir a préstamos atados a fuertes oscilaciones en las tasas de interés.

Es en este sentido que resulta difícil analizar el comportamiento de la pobreza si no se tiene como referencia, por un lado, la calidad del empleo que se está generando y, por otro, las oscilaciones del crecimiento económico que no permite asegurar una cierta permanencia del nivel de ocupación, a pesar de los intentos complementarios de empleo que puedan instrumentar los distintos gobiernos de la región.

## EMPLEO Y DESEMPLEO

El crecimiento económico que han venido registrando las economías latinoamericanas en los noventa de manera cíclica, y por algunos años, permitió, como ya señalamos, incrementar los niveles de empleo, aunque este todavía se mantiene por abajo del crecimiento de la población económicamente activa. Entre 1990 y 1997 el empleo total creció a una tasa de 2.9%, mientras que la fuerza laboral se incrementó en un 3.1 (CEPAL;1998,72).

El efecto positivo del crecimiento-incremento del empleo, que se verificó en algunos años, se pone en entredicho por lo menos frente a dos cuestiones: Una, que no se trató de generación de nuevo empleo, sino más bien recuperación de algunos empleos perdidos en los años previos; y dos, cuando se analiza la calidad del empleo creado.

Reflexionando un poco en torno a estas cifras y de cara al paradigma vigente, que defiende la idea de que el sólo crecimiento económico es suficiente para redistribuir y abatir la pobreza, habría que señalar algunas tendencias recientes en la relación crecimiento-empleo-pobreza:

1. El empleo generado se caracteriza fundamentalmente por su elevada precariedad, sean estos formales o informales. Según cálculos de la OIT, de cada 100 nuevos empleos creados en el primer quinquenio de los noventa, 84 correspondieron al sector informal, al cual pertenece el 56% de los ocupados en la región. Estos trabajadores perciben en promedio una remuneración media que alcanza a la mitad de la de los obreros y empleados en establecimientos modernos (Lagos y Arraigada;1998:21).
2. En la creciente incorporación de mujeres al mercado laboral, es importante el crecimiento del empleo en servicio doméstico y en actividades de baja productividad que, en la mayoría de los países de la región, reciben salarios muy por debajo de los trabajadores hombres. Esta última tendencia es tanto más dramática si se considera que parte considerable de la ocupación femenina corresponde a mujeres de hogares pobres y que son jefas de hogar.
3. Respecto a los ocupados en jornada normal, se observa una tendencia a la sobreocupación en términos de horas trabajadas, llegando a jornadas de 65 horas semanales y, aún así, el grueso de estos trabajadores recibe ingresos mensuales que apenas rebasan las 2.5 líneas de pobreza, considerado como un mínimo aceptable para asegurar el bienestar de una familia de cuatro miembros. Para la región latino-

mericana, ese monto, expresado en dinero, representa un promedio de 170 a 200 dólares mensuales (CEPAL;1996,61).

4. En los sectores de baja productividad, no son los trabajadores independientes sino los asalariados de las microempresas los que se ven afectados por bajos ingresos. En general, éstos trabajadores perciben un ingreso mensual por debajo de 2.5 líneas de pobreza.

5. Otra cuestión importante de destacar es que la pobreza no sólo afecta a los sectores de baja productividad, sino también a los asalariados de empresas privadas medianas y grandes. La CEPAL constata que, en 7 de 12 países analizados, entre un 30 y un 50% de los asalariados del sector privado que no trabajan en microempresas residen en hogares pobres(CEPAL;1996,14).

6. Por otra parte, según diversos estudios de CEPAL sobre la relación entre desempleo abierto, subempleo y horas trabajadas, se puede afirmar que el importante descenso del desempleo abierto urbano, registrado en los últimos años, haya ido acompañado de un aumento del subempleo, es decir, de personas que trabajan menos de 40 horas semanales, sujetas a gran inestabilidad laboral y salarial y casi completa desprotección social.

De acuerdo con estas tendencias, en general podríamos apuntar que, desde el punto de vista de la demanda de trabajo, el mayor nivel de ocupación no es el reflejo de una decisión individual "normal" en la búsqueda de mejoramiento de condiciones de vida, sino más bien de diversas estrategias de sobrevivencia.

Del lado de la oferta, el elevado contingente de fuerza de trabajo dispuesto a aceptar cualquier tipo y condiciones de empleo refuerza la tendencia histórica de sobreexplotación del trabajo en la región.

Es cierto que no se puede desconocer los intentos que las actividades exportadoras están realizando en términos de modernización y de incremento de la productividad, cuestión que en teoría debería reflejarse en niveles salariales más elevados. Sin embargo, la realidad muestra que si bien la fuerza de trabajo ocupada en este sector presenta mejores ingresos con relación al resto, se está produciendo una elevada diferenciación entre los ingresos del trabajo calificado y el no calificado, cuestión que también está incidiendo en el ensanchamiento de la brecha de la desigualdad.

Según CEPAL, a finales de los noventa, el nivel superior (empleadores, directores, gerentes y altos funcionarios públicos y privados, y los profesionales de mayor nivel) constituían el 9.4% de la fuerza de trabajo ocupada, con un ingreso promedio de 13.7 líneas de pobreza.

El nivel intermedio (profesionales de menor nivel, técnicos y empleados administrativos) representa un 13.9% de la fuerza de trabajo y obtiene un ingreso medio de 5.0 líneas de pobreza. En tanto el nivel inferior (obreros, artesanos, operarios, servicios personales, trabajadores de comercio, y agrícola) constituye el 73.2% de la fuerza de trabajo ocupada y alcanza ingresos promedio que lo sitúa en 2.8 líneas de pobreza (CEPAL;2000,63 y 65).

Los datos anteriores evidencian una estructura ocupacional cuyo grado de desigualdad se ha venido profundizando, sobre todo en la última década del siglo recién pasado.

Según el método utilizado por CEPAL para medir la pobreza, la **línea de indigencia** correspondería al costo de la canasta alimentaria, y define como indigentes (o extremadamente pobres) a las personas que residen en hogares cuyos ingresos son tan bajos que, aunque los destinaran en su conjunto a comprar alimentos, no lograrían satisfacer adecuadamente las necesidades nutricionales de todos sus miembros. Por su parte la **línea de la pobreza** en las áreas urbanas se estimó en el doble del valor de la línea de indigencia.

De acuerdo con esta medición, la línea de la pobreza recién alcanzaría para solventar los requerimientos alimenticios. Si consideramos que en el nivel inferior de la estructura ocupacional se ubica casi el 74% de los ocupados que reciben en promedio 2.8 líneas de pobreza, tendríamos que concluir que difícilmente pueden alcanzar a cubrir de manera satisfactoria el resto de necesidades que siguen siendo básicas como vivienda, educación, salud, entretenimiento, etcétera.

Este déficit es bastante más pronunciado si se considera que al interior del nivel inferior existe un 34.5% de la fuerza de trabajo que apenas alcanza 2 líneas de pobreza, y que dentro de este porcentaje su ubican los trabajadores agrícolas que obtienen en promedio ingresos de 1.8 líneas de pobreza (CEPAL;2000,66).

Vistas así las cosas se observa que, en la actualidad, la mayor parte de los empleos accesibles para la población activa latinoamericana no generan remuneraciones que permitan a un jefe de familia tipo (de cuatro integrantes) satisfacer, con ese único ingreso, las necesidades más elementales de su hogar.

Es cierto que esta situación es la que ha provocado que, aparte del jefe de hogar, otros miembros de la familia se vean en la necesidad de buscar trabajo. Generalmente, las mujeres y los niños complementan el ingreso familiar con escuálidos ingresos que provee el empleo informal y precario al que pueden acceder, retroalimentando el círculo "vicioso" de la pobreza.

Esta situación tendría una explicación insuficiente si no se la relaciona con las significativas transformaciones productivas e institucionales que están ocurriendo en la región, en donde las modificaciones del mercado laboral juegan un papel protagónico.

Si bien la tasa de pobreza puede disminuir al incorporar pobres al mercado de trabajo, ello no significa un mejoramiento importante en las condiciones de vida, es más, lo que se verifica es que incluso trabajadores contratados de manera formal están perdiendo prestaciones y garantías laborales que habían alcanzado hace algunas décadas atrás.

Los empleos que se están generando en general corresponden, por una parte, a sectores de baja productividad, con bajos salarios, y al crecimiento de la ocupación informal, que en un contexto de debilidad de negociación de la parte laboral tiende a incidir sobre los ingresos del conjunto de los asalariados.<sup>1</sup>

La interrogante que emerge es ¿Qué está ocurriendo en el ámbito estructural que hace necesario este tipo de empleo? ó, en otros términos ¿Por qué la flexibilización y la precariedad laboral constituyen una de las bases fundamentales de la competitividad del modelo exportador en la región?

Responder a este tipo de preguntas escapa al espacio de este artículo. Sin embargo, como hipótesis general podría señalar que *en la medida que las tendencias muestran que el porcentaje mayor de los trabajadores incorporados a la ocupación recibe salarios por abajo o apenas sobre la línea de la pobreza, y cuyo empleo se caracteriza por elevados niveles de precariedad, estamos frente a un modelo económico en el que el propio mercado de trabajo está operando como un mecanismo reproductor de desigualdad y de pobreza.*

En estos términos, podríamos hablar de que las cifras oficiales de disminución de la pobreza ocultan el creciente empobrecimiento que vive un porcentaje importante de trabajadores y sus familias. Lo que sí es bastante difícil de maquillar es que esto ha permitido una concentración exacerbada de la riqueza en un porcentaje cada vez menor de la población latinoamericana.

La otra cara visible de este problema lo constituye el desempleo.

El desempleo urbano, que en 1980 alcanzó una tasa de 6.2%, se mantuvo cercano a un promedio de 6% entre 1990 y 1994, comenzando a subir de manera paulatina en los siguientes años para alcanzar, a finales de los noventa, una tasa de 8.5% bastante más elevada que a comienzos de la crisis de los años ochenta (CEPAL;2001,37).

En términos de pobreza, es importante señalar la tendencia del desempleo urbano dada la gran concentración de población en las

ciudades, que se enfrentan a inexistencia o escasez de ingresos para solventar sus necesidades básicas.

### EMPLEO Y POBREZA URBANA

Por una parte, si bien es cierto que en el incremento de la pobreza han incidido una serie de factores, tales como la marcada disminución del gasto social, los efectos de la inflación en un contexto de contención salarial, el crecimiento del desempleo producto de la crisis de los años ochenta, etcétera, cada vez es más notorio un componente estructural que proviene de la forma que está asumiendo el uso del trabajo para abatir costos de producción e incrementar la productividad, fundamentalmente de los rubros exportadores.

Por otra parte, es importante señalar el desplazamiento que en las últimas décadas ha observado la población pobre hacia las áreas urbanas. Cerca del 92% de los 64 millones de pobres que se generaron en los ochenta se localizó en zonas urbanas. En los noventa los pobres urbanos se han estabilizado en una cifra cercana a los 126 millones, mientras que los pobres rurales alcanzan a 78 millones de personas (CEPAL; 1998, 36).

Este fenómeno, por una parte, da cuenta del incremento de la demanda de servicios insatisfechos y el hacinamiento humano en áreas marginales, y, por otra, explica el engrosamiento de un contingente de mano de obra disponible y dispuesto a aceptar cualquier condición de trabajo para obtener ingresos.

La recuperación económica de los noventa no ha incidido de manera importante en el mejoramiento del primer aspecto señalado, pero sí ha permitido incorporar un mayor número de personas al mundo laboral. En este sentido, es importante visualizar la relación entre empleo y pobreza urbana.

CEPAL destaca que, en la actualidad, el crecimiento de la pobreza urbana afecta a 7 de cada 10 hogares, situación que atribuye fundamentalmente a la insuficiencia de ingresos provenientes del trabajo. Esta tendencia es aún más importante si se considera que cerca del 70% del ingreso de los hogares urbanos proviene del mercado de trabajo, y que dos terceras partes de los ingresos familiares corresponden a sueldos y salarios.

## LA DESIGUALDAD Y ¿EL “NUEVO” PAPEL DEL ESTADO?

Hoy por hoy, el manoseado concepto de pobreza parece estar dejando paso al tema de la desigualdad. Organismos internacionales como el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y el Banco Mundial (BM), si bien continúan sosteniendo la necesidad del crecimiento económico, manifiestan su preocupación porque éste, en los años en que se ha manifestado, no se ha visto acompañado de una mayor equidad distributiva. El libre mercado parece haber mostrado sus limitaciones al respecto, y de ahí que planteen un retorno al Estado, aunque con sus diferencias respecto a la participación que tuvo en décadas anteriores.

El desafío es grande, primero, por la cifra absoluta de pobres en la región, y, segundo, por la concentración de éstos en las zonas urbanas. Sobre todo en los últimos años, se ha puesto en evidencia que el monto de recursos públicos para combatir la pobreza e incidir en acortar la brecha de la desigualdad requiere ser muy elevado, lo que se torna difícil en un contexto de aguda competencia internacional que exige disciplina macroeconómica, apertura comercial y flexibilidad laboral.

Dentro de estas limitantes estructurales, los distintos gobiernos de la región han tratado de paliar la situación mediante programas y políticas focalizadas hacia la pobreza extrema, que indudablemente siempre se muestran insuficientes dada la magnitud del problema.

Aun cuando los servicios públicos, sobre todo en salud y educación, siguen caracterizándose por su mala calidad, enfrentan una demanda creciente, no sólo por parte de la población pobre, sino también por muchos hogares de clase media que por la crisis ocupacional han visto descender sus niveles de ingreso y que no pueden acceder a la atención privada.

Si bien en los noventa el gasto social real *per cápita* se incrementó en un 18% respecto al nivel de 1980, el grueso de este gasto se destinó al pago de pensiones (cuyo manejo en muchos países de la región está en manos privadas), siendo muy bajo el monto asignado a salud, educación y vivienda.

En cuestiones de salud, por ejemplo, han rebrotado males que se suponía casi erradicados, como el cólera, paludismo, dengue hemorrágico, por mencionar sólo algunos. La pregunta que salta a la vista es ¿En qué Estado se está pensando y cuál tendría que ser el nivel de su participación para poder hacer frente a lo viejo y lo “nuevo” en términos de pobreza y desigualdad?

La respuesta está en el aire, como históricamente lo ha estado en la región bajo el ensayo de distintos modelos y políticas económicas y sociales, del Estado al mercado, y nuevamente al Estado, propuestas que seguramente se repetirán de manera cíclica, dependiendo del grupo que detente el gobierno, o bien, de la influencia de un determinado paradigma teórico.

Por lo pronto, el Banco Mundial impulsa la idea de un *Estado Necesario*, y la CEPAL nos habla de un Nuevo Pacto Fiscal, propuestas que destacan la necesidad de seleccionar, promover e instrumentar políticas económicas y sociales más “eficientes”, que complementen la acción reasignadora del mercado (Banco Mundial;1997).

### A MODO DE CONCLUSIÓN

El fenómeno de la pobreza en la región tiene raíces profundas históricas y estructurales, asociadas fundamentalmente a la configuración del modo de producción capitalista y al tipo de Estado que lo ha acompañado.

Las propuestas que diferentes organismos internacionales están promoviendo en la actualidad parecen obviar –con una oculta intención ideológica– los elementos señalados. Es notorio el esfuerzo por desconocer que la pobreza en la región es un fenómeno que se deriva de la forma especial que ha asumido la acumulación y la reproducción social, y no sólo de la falta de desarrollo en el sentido clásico.

El efecto lento e insuficiente del crecimiento económico registrado desde los noventa a la fecha sobre los niveles de pobreza, la mayor concentración del ingreso y la calidad de los empleos generados, han incidido en el giro de apreciación que diversos organismos internacionales habían venido postulando con relación al supuesto vínculo automático entre crecimiento y distribución por “chorreo”.

Sin embargo, lo que estas instituciones desconocen es que las dinámicas presentes se relacionan de manera estrecha con la forma en que necesita reproducirse el capitalismo dependiente. La globalización está marcando pautas muy precisas de integración a las distintas economías. Independientemente de su especialización productiva, el requerimiento de la productividad y competitividad es ineludible, cuestión que plantea un reto redoblado para los países subdesarrollados.

Las propuestas más recientes de la teoría convencional del comercio y del crecimiento avanzan sobre el postulado ricardiano clásico del aprovechamiento de las *ventajas naturales* como base del intercambio comercial global, hacia la propuesta de *ventajas comparativas*

que suponen una combinación más adecuada del trabajo-capital y recursos naturales existentes en una determinada economía.

La creciente competitividad, en teoría, exige que dentro de esta combinación destaque como un factor potenciador la incorporación tecnológica a los procesos productivos y a todas aquellas actividades complementarias para el intercambio de bienes y servicios, incluidos los financieros.

A su vez, la competitividad sustentada en el factor tecnológico ha modificado de manera importante la relación capital-trabajo, no sólo en su composición técnica, sino, y fundamentalmente, en las formas organizativas del proceso productivo y en el uso del trabajo mismo, cuestiones que en la actualidad se condensan en el concepto de flexibilidad laboral.

La flexibilidad está asociada a la llamada crisis del paradigma de producción en serie estandarizada o rígida, dominante desde principios de este siglo. La volatilidad de los mercados y la necesidad de adaptarse a la demanda y al gusto del consumidor, en el contexto de una creciente integración global, ha incidido en un cambio paradigmático en términos de una mayor flexibilidad del producto y el proceso productivo, que compagina tecnologías reprogramables, y una revaluación de la calificación y participación del trabajo en aras de incrementar la productividad y adaptarse a los nuevos requerimientos del mercado.

Estas tendencias se expresan de una manera muy particular en las economías en desarrollo. Aunque se supone que el sistema de producción global tiende a homogeneizar las formas productivas, la realidad parece caminar más en el sentido de profundizar las desigualdades.

En América Latina, si bien algunas de las grandes empresas exportadoras han iniciado procesos de readecuación importantes en la línea señalada, éstas transformaciones tienden a descansar en una combinación "espuria", que equipara flexibilidad y precariedad laboral.

Dicha cuestión se relaciona con la abundancia de mano de obra barata, pero también con los cambios institucionales que han permitido, por ejemplo, modificar las leyes laborales y de seguridad social.

La dinámica del mercado laboral muestra que –por lo menos para un porcentaje elevado de trabajadores, éste estaría operando como un mecanismo reproductor de desigualdad y pobreza.

## BIBLIOGRAFÍA

- Altimir, O. (2000) *“Desigualdad, pobreza y desarrollo en América Latina”*, Trimestre Económico N.90, FCE, México.
- Banco Mundial (1997) *El Estado en un mundo en transformación. Informe sobre el Desarrollo Mundial*, Washington, D.C.
- CEPAL (1997) (1999) *Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe*, Santiago, Chile.
- (1996) *Panorama Social de América Latina*. Santiago, Chile.
- (1997a) *La Brecha de la Equidad*. Santiago, Chile.
- (1997b) *Panorama Social de América Latina*. Santiago, Chile.
- (1998) *Panorama Social de América Latina*. Santiago, Chile.
- (2000) *Panorama Social de América Latina*. Santiago, Chile.
- (2001) *Situación y perspectivas. Estudio Económico de América Latina y el Caribe 2000-2001*. Santiago, Chile.
- Klein, E. Y Tokman, V. (2000) *“La estratificación social bajo tensión en la era de la globalización”*, Revista de la CEPAL N.72, Santiago, Chile, diciembre.
- Lagos, R. y Arraigada, C. (1998) *Población y mercado de trabajo en América Latina*. OIT, Santiago, Chile.
- Medina, F. (2001) *“La pobreza en América Latina: desafío para el nuevo milenio”* Rev. Comercio Exterior, octubre, México, D.F.

## NOTAS

<sup>1</sup> La pérdida en condiciones de negociación de los trabajadores es el resultado de las modificaciones que han venido sufriendo las legislaciones laborales y la desregulación del mercado de trabajo en la mayoría de las economías de la región, cuyo punto más representativo lo constituye el Plan Laboral chileno que se instrumentó en 1979.